



bam
bú



Philippe Nessmann

EN TIERRA DE INDIOS

El descubrimiento del Lejano Oeste



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2010 Éditions Flammarion para el texto y las ilustraciones.

© 2012, Editorial Casals, S. A.

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Título original: *Au pays des indiens. La découverte du Far West*

Ilustración de la cubierta: François Roca

Traducción: Arturo Peral Santamaría

Créditos fotográficos del cuaderno de documentación:

Página 1: © Historical Picture Archive/CORBIS; páginas 2-3: © Bettmann/
CORBIS (todas las imágenes); página 7: © CORBIS (abajo), © Blue Lantern
Studio/CORBIS (derecha), © Bettmann/CORBIS (izquierda); página 9: ©
Historical Picture Archive/CORBIS (abajo), © PoodlesRock/CORBIS (dere-
cha); páginas 10-11: © Bettmann/CORBIS (todas las imágenes); página 12:
© Bettmann/CORBIS; página 13: © CORBIS (arriba), © Bettmann/CORBIS
(abajo); página 14: © CORBIS; página 15: © Bettmann/CORBIS (arriba), ©
CORBIS (abajo); página 16: © United States coin image from the United
States Mint.

Ilustraciones: Mapas (páginas 4-5, 6-7 i 8-9), Marie Pécastaing; caras de indios
(páginas 8-9), François Roca.

Primera edición: febrero de 2012

ISBN: 978-84-8343-175-7

Depósito legal: M-247-2012

Printed in Spain

Impreso en Anzós, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de es-
ta obra solo puede ser realizada con la autori-
zación de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
93 272 04 45).

Índice

CAPÍTULO 1

Una infancia india

«¡Enemigos! ¡Enemigos!»

Nueva tribu, nueva vida 11

CAPÍTULO 2

Partida de la expedición de Lewis y Clark

En las llanuras del Lejano Oeste

En pie de guerra con los sioux 20

CAPÍTULO 3

Un invierno con los indios

El hambre acecha

Un parto doloroso 37

CAPÍTULO 4

En tierra de bisontes

Perseguidos por osos furiosos

¿Cuál de los dos es el Misuri? 51

CAPÍTULO 5	
<i>El valor de Sacagawea</i>	
<i>Un día «corriente»</i>	
<i>El gran transporte</i>	65
CAPÍTULO 6	
<i>Tras las huellas de los shoshone</i>	
<i>Regreso a la escena del crimen</i>	
<i>«¡Tab-ba-bone!»</i>	75
CAPÍTULO 7	
<i>En el pueblo shoshone</i>	
<i>Hambre, miseria y dignidad</i>	
<i>En busca de un paso</i>	90
CAPÍTULO 8	
<i>Perdidos en las Rocosas</i>	
<i>La muerte ronda cerca</i>	
<i>Los nariz-perforada</i>	103
CAPÍTULO 9	
<i>En los rápidos del Columbia</i>	
<i>Catorce dedos y una chaqueta inglesa</i>	
<i>¿Misión... cumplida?</i>	115
CAPÍTULO 10	
<i>Un invierno en el Pacífico</i>	
<i>El niño-flecha, la mujer-sin-miedo y otras historias</i>	
<i>La ballena varada</i>	131
CAPÍTULO FINAL	
<i>Regreso a la civilización</i>	
<i>Separación y reencuentros</i>	
<i>Una decisión difícil</i>	145

Cuando Jean-Baptiste llamaba a la puerta de mi despacho, podía saber, por la forma lenta en la que la golpeaba, que algo no iba bien.

—¡Pasa, hijo!

La puerta se abría y yo veía brillar sus ojos a la luz de la vela. De su madre había heredado los ojos negros, el cabello de azabache y la piel mate. De su padre, la complexión de trampero: cuando tenía trece años, ya era más grande que los demás niños de su edad.

Entonces dejaba la pluma en el tintero, me levantaba e iba a cerrar la ventana. Por la noche, cuando los niños se acuestan y Julia lee en el salón, subo a menudo al despacho a trabajar. Siempre dejo la ventana abierta. Me gusta oír los ruidos de la ciudad cuando cae la noche sobre San Luis: la gente que discute en la calle, el estruendo de las carretas de caballos, los pitidos de los barcos de vapor sobre el Misisipi...



Pero cuando Jean-Baptiste llamaba lentamente a la puerta de mi despacho y le brillaban los ojos en la oscuridad, cerraba la ventana para quedarme a solas con él.

—¿No puedes dormir? Siéntate...

Antes de sentarse en el sillón de cuero, solía remolonear frente a la estantería donde yo había colocado un cinturón de jefe indio, un pájaro disecado y las garras de un oso grizzly abatido justo cuando se abalanzaba sobre mí.

Jean-Baptiste se sentó y fue al grano:

—¿Por qué mamá me abandonó?

—No te abandonó: solo tuvo que marcharse.

—Da lo mismo.

—No, no da lo mismo. Pero como esto te inquieta, voy a volver a contarte por qué se ha marchado.

Ya le había contado la historia varias veces. Le había hablado de su madre, de su padre, de nuestro viaje a través del Lejano Oeste americano. Parecía comprenderlo en cada ocasión, pero unas semanas o unos meses más tarde, volvía a la carga con la misma pregunta.

Una vez más, tendría que contarle su historia.

Algún día llegaría a comprenderla.

—Tu madre era una persona extraordinaria. Vivió una vida fuera de lo común...



Capítulo 1
Una infancia india
«¡Enemigos! ¡Enemigos!»
Nueva tribu, nueva vida

Todo comenzó en la Trifurcación.

Al pie de las Rocosas, allá donde la montaña se une a la llanura, tres ríos de agua clara confluyen para formar uno solo. Entre los cantos que cubren el fondo, las truchas agitan la cola para luchar contra la corriente. Por todas partes, cerrando el paso al torrente de agua, hay montones de ramas que atestiguan la presencia de castores.

La temporada de cerezas rojas acababa de empezar.

La naturaleza era verde. Bosquecillos de álamos y de cerezos silvestres salpicaban la pradera donde las grullas venían a descansar.

Una tribu india había establecido su campamento en aquel lugar. Sus chozas cónicas estaban hechas de ramas de sauce trenzadas. La mañana estaba a punto de terminar; los hombres se habían ido de caza y las mujeres recogían cerezas silvestres. Algo apartados, los caballos pas-



taban. Eran la única riqueza de los indios shoshone, su mayor orgullo.

Hacía bueno y la naturaleza estaba tranquila.

Unos quince niños de todas las edades recogían grosellas. Entre ellos, una muchacha de once primaveras cantaba un estribillo con su hermano. Sus ojos eran risueños y su larga cabellera negra como la noche. Algunas veces dejaba a su hermano seguir solo con la canción y se comía una grosella: «¡Una para la cesta, una para mí!».

Acababa de comerse una cuando los caballos relincharon al otro lado del campamento. Parecían enloquecidos.

–¡Enemigos! ¡Enemigos! –gritó una mujer.

Al mismo tiempo sonaron disparos.

Una vieja india envuelta en una manta cayó al suelo. Los niños gritaron aterrados. Había que huir, pero ¿a dónde? ¿Dónde se ocultaban los enemigos?

–Todos al bosque –vociferó una mujer.

Los niños echaron a correr. Tenían que llegar al frondoso bosque que estaba al otro lado del río. ¡Correr lo más rápido posible! Pero algunos tropezaban, otros perdían los mocasines.

La niña de ojos risueños, en su carrera desenfrenada, se volvió un instante hacia el campamento: indios desconocidos quemaban sus chozas. Advertidos por los disparos, los cazadores shoshone acudieron al galope. El combate sería desigual: no tenían más que arcos y flechas para enfrentarse a las carabinas de los enemigos. Varios disparos retumbaron.

¡Correr todavía más rápido hacia el río!



¡Después esconderse en el bosque!

El curso de agua estaba ahí, a unos cien pasos. La muchacha, sin aliento, fue la primera en saltar al agua helada. Corrió procurando no resbalarse sobre los cantos. Como ya no oía a los demás niños detrás de ella, echó un vistazo hacia atrás. Solo había tres, que se habían quedado muy rezagados. ¿Dónde estaban los otros? ¿Los habrían...?

¡Cruzar el río!

Luchaba con todas sus fuerzas contra el agua. ¡Le llegaba por las caderas y avanzaba tan despacio! Diez pasos más... Pero, de pronto, oyó un ruido enorme tras ella, después un relincho. Un jinete se le acercaba. ¿Amigo o enemigo?

Se dio la vuelta y sintió cómo se le helaba la sangre.

¡Llegar al bosque!

Solo unos pasos más...

Demasiado tarde, el jinete la había alcanzado.

Ella se detuvo, vencida, se volvió hacia el guerrero montado y lo miró: era tuerto, llevaba una pluma de águila en la cabeza y una carabina entre las manos.

Paralizada, esperó que llegara el golpe de gracia.

* * *

Los caballos llevaban cinco días avanzando al paso hacia el sol naciente. Algunos llevaban sobre el lomo a los guerreros enemigos, otros llevaban a los prisioneros del campamento shoshone y otros tiraban de trineos.

Dos muchachas shoshone iban sentadas en uno de los trineos. Otra caminaba a su lado; la niña de los ojos risueños ya



no reía. Postrada, avanzaba mirando el suelo, sin mirar el paisaje, aquella llanura ahora infinita cubierta de hierbas altas agitadas por el viento. Al menos habían muerto cuatro hombres, cuatro mujeres y muchos niños, pero ¿qué les habría ocurrido a los demás? A sus padres. A su hermano. ¿Algunos habrían logrado huir? ¿Volvería a verlos algún día?

No, sin duda. Ignoraba lo que los guerreros iban a hacer con ella ni a dónde los llevaban. Solo sabía que iban lejos, muy lejos, hacia el sol naciente, tan lejos que sería imposible para ella volver a casa. Las Montañas Rocosas, el lugar donde había crecido, no eran más que una vaga silueta en el horizonte detrás de ella.

* * *

Tras una luna y media de marcha, los guerreros y sus prisioneros llegaron a un pueblo indio.

Las jóvenes shoshone nunca habían visto nada igual. El pueblo era inmenso y estaba protegido por una empalizada de madera muy alta. Tenía decenas y decenas de chozas. Parecían cúpulas cubiertas de tierra, y eran tan grandes que los caballos podían entrar en ellas sin dificultad.

El guerrero tuerto agarró del brazo a la niña de los ojos que ya no reían y la condujo a una choza. El interior estaba oscuro, iluminado únicamente por un fuego que ardía en el centro. En el interior había un hombre y una mujer sentados en una manta. El tuerto les habló en su lengua y salió.

La niña, que se había quedado sola, observó a la pareja con inquietud: cada uno debía de tener unas cuarenta



primaveras. No parecían ni desagradables ni amables. El hombre empezó a hablar, pero la joven shoshone no entendió aquella lengua. Él se dio cuenta y repitió la frase en la lengua de signos, común a todos los indios de las llanuras.

–Ahora... tú... pertenecer... a mí –explicó el hombre con las manos.

La niña echó un vistazo al interior de la choza. Estaba construida con troncos de madera. En un rincón se encontraban las reservas de comida. Algo más lejos, las literas. Y en el centro, junto al fuego, el lugar para comer.

–¿Yo... vivir... aquí? –respondió ella en la lengua de signos.

–Sí... y tú... obedecer... a mí.

Comprendió que empezaba una nueva vida: la vida de esclava.

* * *

La muchacha vivió en aquella choza desde su undécima a su decimocuarta primavera.

A menudo recordaba con tristeza su infancia perdida: su familia, las majestuosas montañas, las truchas nadando en las aguas claras, el sabor de las grosellas. Cuando tenía tiempo, se reunía con sus amigas shoshone, alojadas con otras familias. Hablaban en su lengua materna, lo que le resultaba agradable como la miel.

Pero tenía poco tiempo para distraerse. No es que su nueva familia fuera dura con ella, al contrario: el hombre y la mujer, que se llamaban Caminante Erguido y Rostro



Hermoso, habían tenido un hijo, Caballo Rápido, un guerrero fallecido durante una batalla contra los sioux. Como no tenían más hijos, habían adoptado a la joven shoshone como su propia hija y le habían dado un nombre nuevo: Sacagawea, la Mujer-Pájaro.

Por tanto, tenía mucho que hacer, mucho por descubrir... En primer lugar, había tenido que aprender la lengua de la tribu, el hidatsa. Después había tenido que adaptarse a una nueva forma de vida, muy diferente de la que había conocido hasta entonces. Los shoshone eran nómadas que emigraban estacionalmente en busca de alimento. Los hidatsa, por su parte, vivían todo el año en el mismo lugar.

Para comer no les bastaba la caza y la recolección: las mujeres cultivaban los campos. Sembraban maíz, calabazas, judías y tabaco. Rostro Hermoso enseñó a Sacagawea a plantar, recoger y conservar hortalizas. Era un trabajo largo y difícil, pero valía la pena: los hidatsa no pasaban hambre, a diferencia de los shoshone.

Y puesto que no producían todo lo que necesitaban, habían aprendido a desenvolverse. Organizaban razias contra sus lejanos vecinos, los shoshone, y ferias amistosas con los vecinos más cercanos, los mandan. A principios de otoño, los indios cheyenne, crow, assiniboine e incluso los arapahoe acudían al pueblo. Traían sus posesiones: caballos, pieles de bisonte pintadas, ropa de cuero o de piel, carne seca, plumas coloradas... y las intercambiaban por lo que necesitaban.

Era una fiesta feliz en la que participaban seres humanos de lo más extraños. La primera vez que Sacagawea



vio uno, tuvo miedo: tenían tanto pelo en la cara como un oso y la piel tan blanca como un cadáver. Rostro Hermoso le había explicado que aquellos hombres eran sin duda muy feos, pero inofensivos. Vivían en una región llamada Canadá y también venían a la feria anual a comerciar. Traían las carabinas y la munición que los indios tanto valoraban, y se marchaban con pieles de castor, de lobo y de zorro, muy apreciadas en su tierra.

A varios hombres blancos les había gustado tanto estar entre indios que se habían instalado en el pueblo, habían aprendido su lengua e incluso se habían casado con indias.

* * *

Durante tres años, Sacagawea aprendió mucho junto a Rostro Hermoso y Caminante Erguido, pero después su vida volvió a cambiar brutalmente.

Una noche que volvía del campo con Rostro Hermoso, vio a un hombre blanco salir de su choza. Ya lo conocía: era grande y fuerte, con los ojos grises como el cielo, y vivía desde hacía varios años al otro lado del pueblo.

Curiosa coincidencia: lo había visto varios días antes. Ella estaba al borde del río con otras mujeres del pueblo. Se desnudaron para lavarse en el agua fresca. El crujido de una rama en la otra orilla llamó su atención. ¿Un animal? ¿Un enemigo? No, se trataba únicamente del hombre blanco que, escondido tras la maleza, las devoraba con la mirada. Al ser descubierto, había salido velozmente como una liebre.

Y ahora salía de la choza de la familia.

